LA FAMILIA.

Al Señor Don Manuel Carpio.

El cuadro que presenta una familia
¡Cuánto conmueve y regocija el alma,
Al ver que del amor y del trabajo
En templo torna la paterna casa!
Está la habitacion en la campiña
De árboles y de flores rodeada,
Y apénas se divisa entre el follage
Su ceniciento techo de pizarras.
Corre continuamente cerca de ella
Un raudal apacible de agua clara,
Donde á bañarse, á la mitad del dia,
Acuden las palomas en bandadas:
Parece, al verla, un nido delicioso
Que suspendido está sobre las aguas,
Acariciado por las blandas brisas,
Perdido entre las flores y las ramas.

Contenta deja la familia el lecho
A la primera luz de la alborada:
Brilla en todos los lábios la sonrisa,
Brilla en todos los ojos dicha y calma.
Cercado el padre de sus tiernos hijos,
Les enseña á decir una plegaria,
Y con un dulce y disputado beso
Cada victoria de sus lenguas paga.
Y, en tanto que en los lábios paternales
Ellos mantienen fijas las miradas,
Sus manecitas de su padre juegan
Con los largos cabellos y la barba.
Un poco mas allá, la jóven madre
A su hija viste con sencilla gracia,
Mirando su retrato en miniatura
En las facciones de su linda cara;
Miéntras rebelde la traviesa niña
Corre á cada momento á la ventana,
Adornando coqueta sus cabellos
Con cada flor que con la mano alcanza.
Salen despues al campo todos juntos
A respirar las matutinas auras,
Y, como á unos vecinos, les saludan
Las aves con sus voces aflautadas,
Les brindan con sus ondas los arroyos,
Miéntras todas las flores, sus vasallas,
Les ofrecen abiertas el tributo
De su primera y su mejor fragancia.
Al despuntar el sol á casa vuelven,
Donde espumosa y tibia les aguarda,
Su hambre para calmar y su fatiga,
La nutritiva leche de las vacas.
Luego rodean á la tierna madre,
Que en labores domésticas trabaja,
Con halagüeña faz todos los niños,

Reclinado el menor sobre su falda,
Miéntras el tierno padre satisfecho
Los entretiene con lectura grata,
El corazon formando de sus hijos
Que escuchan en silencio sus palabras.
Así se vé en el nido á los polluelos
Reposar con dichosa confianza,
Miéntras la amante y conyugal pareja
Celosa los cobija con sus alas.
Salen de nuevo á pasear al valle
Cuando para el trabajo la luz falta,
A media luz por admirar entónces
De la naturaleza el panorama.
La vespertina claridad del cielo
Contemplan ir disminuyendo á pausas,
Y cómo de los árboles la sombra
Crece, á medida que la luz se apaga.
Miran alzarse el disco de la luna
Allá detras de la oriental montaña,
Y encenderse una á una las estrellas,
Del poético campo hermosas lámparas.
Géminis aparece, y el esposo
Dice á la esposa que medita y calla:
"Esa la estrella fué de nuestra vida;"
Y la esposa sonríe al contemplarla.
Mas su contemplacion turban los niños
Que se esconden por juego en la enramada,
Y un abrazo filial les dan riendo,
Inesperadamente, cuando pasan.
Con placer melancólico y estraño
Contemplan elevarse en lontananza
Las espirales trémulas del humo,
Que de su hogar doméstico se exhala.
Cansados del paseo campesino,
Llegan á su pacífica morada,

Donde frugal y apetitosa cena
Sobre limpio mantel dispuesta se halla.
Allí se encuentra el pan recien cocido,
Las legumbres allí recien cortadas,
La deliciosa miel de los panales,
Y el fermentado jugo de las parras.
El pobre caminante, fatigado,
A su puerta jamás en vano llama,
Porque se encuentra siempre dentro de ella
Acogida cordial y mesa franca.
Así vive la rústica familia,
Contenta de hoy, segura de mañana,
Y atrae la virtud sobre su albergue
La bendicion de Dios y sus patriarcas.
Huyendo de los crímenes, la dicha
Refugióse medrosa en las cabañas:
¡Cuánto envidio al labriego! mi esperiencia
Cambiara por su paz y su ignorancia.
Que el que mora en los campos, y en el seno
De la virtud y del amor descansa,
Hallar logra un rincon del paraíso
En este valle de miseria y lágrimas.

LA TEMPESTAD.

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO POETA MEXICANO

Guillermo Prieto.

Universal silencio: la natura
Replegada en sí misma,
A la tremenda lucha se prepara
Que pronto turbulentos
En su seno tendrán los elementos.

El Oceano, cual leon dormido,
En su lecho reposa.
¡Ay de las naves si el feroz rugido
Del trueno lo despierta,
Y de su lecho se alza enfurecido!

Mil negras nubes cual banderas negras,
Triste señal de guerra,
Se están en los espacios agitando,
El combate del cielo con la tierra
Siniestras anunciando.

La rana en el estanque,
El general silencio, quejumbrosa
Tan solo turba con su canto ronco,
En tanto que la víbora medrosa
Agilmente trepando por las ramas,
Se introduce en el hueco de algun tronco.

La atmósfera pesada
Aire que respirar al pecho niega,
Que opreso se sofoca;
El ave, amedrentada,
A refugiarse llega
En la honda cavidad de alguna roca.

La tierra acres olores
Penetrantes exhala de su seno:
Dobléganse las flores,
Y, al escuchar aproximarse el trueno,
Baja de la montaña
El inquieto pastor tras el rebaño,
Este al aprisco, aquel á su cabaña.

Los pacíficos bueyes
Abandonando el surco comenzado,
Sin yugo y sin arado,
Baja y humilde la enastada frente,
Al establo caminan lentamente.

La cercana tormenta presintiendo
Los caballos fogosos,
Al cielo, recelosos,
De vez en cuando miran,
Y con trabajo y con rumor respiran.

Sus ímpetus salvages olvidando
Los bravos toros y los tigres fieros,
Cual tímidos corderos,
Con las cabezas bajas y temblando,
Se van á sus guaridas retirando.

Recogidas las alas, el aliento
Retiene quieto el viento,
Y hoja ninguna en su árbol se estremece,
Ni una paja siquiera:
Petrificada la natura entera
En su inmovilidad estar parece.

Pero ya empiezan á soltar las nubes
Gruesas y tibias gotas,
Y sus alas el viento ya desplega,
Mientras saludan al turbion que llega
Con sus agudos gritos las gaviotas.

Ya rompe su cadena el torbellino,
Y cual salvage fiera desatada,
Pasa furioso, alzando, á su pasada,
De ardiente polvo inmenso remolino.

Ruge rabioso como herida fiera,
Y rápido se arroja
Desde la cumbre de la sierra al llano,
Sin esfuerzo arrastrando en su carrera
El fuerte roble como frágil hoja.

A su ímpetu creciente,
Cual un ébrio gigante se levanta
La ronca mar hirviente,
Y azotando sus playas impaciente,
Ya los prescritos límites quebranta.

Cubre la faz del sol lúgubre velo,
Y enmedio de esa sombra prematura,
Se confunde la tierra con el cielo;
Que la noche sombría
Ha usurpado su imperio al rey del dia.

Los cielos y la tierra sublevados
Contra el órden eterno que los rige,
Chocan desordenados,
Y cuando el trueno ruge,
El eje de los mundos tiembla y cruge.

El ruido redoblando,
Es por cien ecos repetido el trueno:
Y la madre temblando
Esconde al niño trémulo en su seno.

Arboles y hombres anonada el rayo,
Y el relámpago brilla
Como fúnebre antorcha aterradora,
Y en lánguido desmayo,
El mortal mas ateo á Dios adora,
Y dobla el mas valiente la rodilla.

La faz de Dios mostrando sus enojos,
Azuza á la tormenta:
Su airado soplo al huracan alienta,
Y el rayo encienden sus terribles ojos.

Mas recuerda de pronto su alianza,
Y sonrie; y al ver esta sonrisa,
Súbditos obedientes los querubes
A la borrasca prestos encadenan:
Se torna al punto el huracan en brisa,
Y entre las negras nubes
El íris suspirado se divisa.

ALBUM DE ESTHER.

A ESTHER.

SONETO.

El que los rayos de la aurora mira
Las sombras de la noche disipando,
Aquella maravilla contemplando,
A Dios en su obra reverente admira:
El que, cuando en ocaso el sol espira,
Contempla á la natura descansando,
Tan sublime espectáculo admirando,
De cariño hácia Dios tierno suspira:
El que vé por la noche irse encendiendo
La luna y las estrellas, tal vez llora,
Gratitud hácia Dios su alma sintiendo;
Pero el que á tí te vé, gentil señora,
Mudo, de hinojos ante tí cayendo,
En su hechura mejor á Dios adora.

TU PODER.

Esther, entre el polvo mi lira yacia;
Ya no me agitaba ninguna emocion;
Oí de tu acento la grata armonía,
Y al punto de nuevo latió el corazon.

Tomé yo la lira, y en ella cantando
Tu génio y tus gracias, mi voz te mandé:
No sé si era rudo mi cántico, ó blando,
Mas que era salido del alma sí sé.

Desde ese momento no suelto la lira:
Si á veces, cansada, no quiere vibrar,
Tu nombre invocando su mágia me inspira,
Y vuelve obediente mi lira á sonar.

Las musas del Pindo cansábanse en vano,
Que tierno cantara queriéndome hacer;
Mas tú me pusiste la lira en la mano,
Tú fuiste una musa de doble poder.

Si alcanza mi canto futura memoria,
Por tí, por tí solo, tal honra tendrá:
Son tuyos mis versos, y tuya mi gloria
Tambien justamente, señora, será.

Así es que si ponen un lauro en mis sienes,
De allí arrancarélo, y al punto con él
Tu sien adornando, los lauros que tienes
Verás aumentados con otro laurel.

TÚ.

SONETO.

Sé que unos lábios hay que de las flores
La fragancia suavísima respiran,
Y que si acaso lánguidos suspiran,
Los mas frios se abrasan en amores:
Yo sé que hay unos ojos seductores
Que cuando dulces como saben miran,
El tierno culto del amor inspiran,
Del corazon mas duro vencedores.
Templando sus enojos rigurosos
La ausencia, oyendo mi continuo ruego,
Háblenme cerca lábios tan hermosos:
Incendie mi alma el bendecido fuego
De esos ojos amados y amorosos;
Y aunque la dicha me asesine luego.

LA FLOR MARCHITA.

Ya mañana no habrá quien un recuerdo
Consagre al triste fin de tu existencia,
Y tus restos con cruel indiferencia
Hollará el indolente labrador.

Este será tu fin ¡oh flor querida!
Porque tu aroma y tu beldad perdiste;
No ven que tú la culpa no tuviste:
Quien te arrancó la tuvo ¡pobre flor!

ESTHER TAPIA.

Yo sé, Esther, que á una rosa viste un dia
Al primer resplandor de la mañana,
Su frente levantar fresca y ufana,
Abriendo el cáliz á la luz del sol.
Mas sé que luego desatóse el Norte,
Y aquella tarde con pesar la viste
Caer al suelo deshojada y triste,
Y que esclamaste al verla: ¡pobre flor!

En la mañana, así, de la existencia,
Mi corazon, como la flor naciente,
De amor sediento, candorosamente
Al primer rayo del amor se abrió.
Pero tambien del desengaño el soplo
Marchitó sus primeras ilusiones,
Y gastado por tantas decepciones,
Víctima yace del tenaz dolor.

Tú, Esther, sin duda recogiste tierna
A la mísera flor abandonada;
Porque al verla de todos despreciada,
Interes cariñoso te inspiró.
Tu interes cariñoso necesita
Mi pobre corazon abandonado:
Tambien está de todos despreciado,
Y merece tambien tu compasion.

Debe ser bello, demasiado bello,
Tras prolongados y penosos años
De lágrimas, de error y desengaños,
Encontrar algun ángel bienhechor,
Que sepa bondadoso, cual tú sabes,
Nuestro cáliz, henchido de amargura,
Endulzar con la miel de su ternura,
Y darnos de los cielos el perdon.

Este consuelo deberá ser grato,
Como tras el infierno fuera el cielo:
Debe amarse al probar este consuelo
Hasta el mismo pesar que lo alcanzó.
Que conmoviendo mi afliccion tu alma,
Tu generosa proteccion me asista;
Si tan suprema dicha me conquista,
Bendeciré gozoso mi afliccion.

No por estar mi corazon marchito,
Más tu desprecio, Esther, lo despedace,
Como á la rosa que marchita yace,
El pié del indolente labrador.
Mira que yo la culpa no he tenido
De que tan presto así se marchitara;
La tuvo solamente quien pisara,
Al ponerlo á sus piés, mi corazon.

LA TUMBA DE MI MADRE.

¡Oh! si á lo menos pudiera
Ir su tumba á visitar,
A su lado me estuviera
Para que amoroso oyera
Mi continuo suspirar.

Si à sus oidos llegaran
Mis lamentos de dolor,
Sus cenizas se animaran,
Y sus manos enjugaran
Mi llanto desgarrador.

Temprano, Esther, el bárbaro destino
En mí probara su fatal destreza,
Y en la mitad del corazon clavome
Sus aceradas y punzantes flechas.
El adorado seno de mi madre
Despedazó tambien con una de ellas,
Y aquellos ojos al cerrar, los mios
Derramaron la lágrima primera.
¡Dichosa tú, que aun ves aquellos ojos
Que, tus pupilas al abrir, ya vieras,
Y aquella voz escuchas que enseñara
Las primeras palabras á tu lengua!
Mas yo era niño y comprender no pude
Lo grande y lo terrible de tal pérdida,
Y entre los dulces juegos infantiles,

Pronto distraje mis precoces penas.
Pensaba á veces en la madre mia,
Pero sólo pensaba cual se piensa
En un amado ser que emprendió un viage,
Mas que esperamos que mañana vuelva.
La juventud me arrebató á su golfo:
De las rudas pasiones la tormenta
Con todos sus furores y sus rayos
Reventó, retronando, en mi cabeza.
Cuando en vano busqué tras la borrasca
Un solo resto del placer siquiera,
Mi alma retrocedió, buscando dicha,
A la feliz edad de la inocencia.
Entonces fué cuando estrañé á mi madre,
Cuando su muerte lamenté de veras,
Y fuí á buscar su idolatrada tumba
Para verter mis lágrimas en ella.
El cementerio recorrí mil veces....
¡Ay! mas era su tumba tan modesta,
Que, entre tantos sepulcros, ya gastado
No supo el corazon reconocerla.
¡Cuánto se consolara el pecho mio
Si al menos, en mi mal, dado me fuera
Sobre su tumba orar! Pero la suerte
Quiere que en mi dolor ni aun esto pueda.
No me quejara de su injusta saña,
Si dichoso, por fin, hallar pudiera
De mi querida y amorosa madre
La suspirada cuanto cara huesa.
Si al cabo la encontrase, dia y noche
Prosternado en su losa me estuviera,
Hasta que al fin, cediendo á mis suspiros
Y á mis filiales lágrimas eternas,
Aquel amado polvo se animara
Y recogiera con bondad mis quejas,

Y me hablara otra vez como solía,
Y, cual solía, con amor me viera.
Alguna vez mi corazon, acaso
Rota por Dios su aborrecida venda,
Conociendo la tumba de mi madre,
Latiendo me dirá "su tumba es esta."
Tal esperanza es la única ventura
Que sobre el triste mundo á mi alma queda;
De tí depende, Esther, que para mi alma
Otra felicidad haya en la tierra.